

Sin pulso, fué la retirada discreta, modesta, decisiva, de un estadista que confesaba paladinamente que él era vencido, que carecía de fuerzas para resistir la marea de las concupiscencias, para despertar las energías sanas, sin las cuales la labor del gobernante tiene que constituir un fracaso crónico.

Nadie ha podido echarle en cara otra cosa á Silvela sino ese desaliento, confesado por él mismo, ante el estado moral de un país; esa victoria del medio sobre el individuo. No le niegan á Silvela ni su acrisolada honradez en las cuestiones de dinero, ni su extraordinaria inteligencia, ni su cultura, ni sus intenciones leales; le echan en rostro el apocamiento, la carencia de resolución para continuar en el mando y ejercicio de la gobernación del Estado. No paran mientes en que, si sólo se tratase de continuar al frente (no de todo el partido conservador, sino de un grupo numeroso) Silvela, cualquiera podría hacerlo. Pero no era ese el problema planteado, al menos en la conciencia y ante la responsabilidad de Silvela: eran compromisos serios ante la opinión y ante sí propio; era justificar una campaña ardiente y dura contra todo un Cánovas, campaña que le amargó los últimos años de la vida; llegaba el momento de enlazar las negaciones desde la oposición con las afirmaciones desde el poder..., y si la campaña de oposición no se había hecho sin auxiliares, sin secuaces, sin formar otro partido, tampoco la obra regeneradora desde la presidencia cabía que se hiciese sin colaboradores, sin gente, sin alledadura. Esto vió Silvela, y por esto se notó diferencia tan capital entre los quince ó veinte primeros días que ejerció el poder, acometiendo reformas que causaron el mejor efecto en los que soñamos una España nueva, pura, salvada, y los días siguientes, al iniciarse el desencanto y la convicción de la inutilidad del esfuerzo. Entonces debió comprender lo que latía en el fondo de la disidencia aquella revestida de apariencias de depravación moral y de inquietud regeneradora; entonces llegaría á convencerse: lo que en clamorosa manifestación le acompañó por las calles de Madrid no era el rebose de indignaciones y protestas honradas, sino más bien la marea de aquellas concupiscencias y aquellas mal satisfechas ó defraudadas ambiciones, de que una tarde, empujando la taza de te, me hablaba con mohín de pena y sonrisa de ironía, haciendo con la mano libre, aristocrática, el gesto del que aleja algo...

El hombre es un hondo estudio, pero un estudio triste. Por eso, cuantos grandes políticos he tratado se me aparecieron llenos de desencanto, de fatiga íntima, mezclada con infinita indulgencia. El menos desilusionado era Castelar; y Silvela, el más convencido de la nada de las cosas. A esta convicción, Silvela unía completa deferencia hacia todo y todos, y exquisita corrección de procederes y modales, que le granjeaba el respeto y le enajenaba la simpatía de muchos; pues el carácter nacional propende á simpatizar con los francos superficiales, los cordiales sin excepción, los que dan palmadas en la espalda, los que hablan á voces. La naturaleza contenida, reservada, la sonrisa indefinible que contraía las comisuras de la boca de Silvela, le creaban enemigos. Mil veces tuve ocasión de notarlo.

Por mi parte, sólo buenos recuerdos me deja este eminente intelectual y crítico de mi generación. Desde que publicó y me envió las *Cartas de la Venerable*, se estableció entre nosotros un trato no frecuente, pero constante, y para mí provechoso. Un lado místico, que bajo el sello de escepticismo ocultaba Silvela, nos llevaba á hablar con fruición de San Francisco, de las épocas en que era fuerza enorme el espíritu y elemento social la fe. No he llegado nunca á convencerme del volterrianismo de Silvela, y sus protestas espiritualistas, en estas lecciones recientes del Ateneo, me han parecido expresión verdadera de su mentalidad.—Hago memoria y recuerdo que en una ocasión disintimos; él proyectaba algo que no me pareció acertado; pero he de añadir que, con su probada galantería, no tardó en mostrarse pesados de ello. Con las mujeres era doblemente cortés, y se dijera que calzaba unos guantes de ámbar, que su lenguaje se hacía más culto aún, con toques de gracia y benevolencia nuevos.

Su oratoria, incisiva y demoleadora en el Congreso, era en la cátedra del Ateneo natural, limada, algo reticente, nunca enfática, perfectamente encadenada, apacible, segura, y realizada por una gesticulación aseñorada y sin desconciertos. Tal vez los quehaceres, los viajes, los incansables trabajos de su bufete, no le permitieron, como la gente repetía, llevar allí la necesaria preparación de estudio y destripe de libros y revistas; pero la forma, el modo artístico de desenvolver el tema, eran perfectos. Quizás sea Silvela quien mejor ha representado aquí á los hábiles conferencistas franceses, que hablan para un audito-

rio ilustrado, pero mundano, que quiere formarse idea de un asunto sin agotarlo y que reclaman que se lo aderecen sin pedería, con el tono de buen gusto de una plática de salón.

Dicen que Silvela deja hijos tan inteligentes como su padre. Si fuese cierto, probaría una vez más el hecho ya observado del intelectualismo de esta familia de los Silvelas, que tanto se parecen en las modalidades de su espíritu, y según afirmaba D. Francisco, en los achaques de su cuerpo. Gran consuelo, esta transmisión de la inteligencia á los hijos, para la desgraciada señora de Silvela, que ha pasado por pruebas crueles, viendo morir de un modo impensado y á veces trágico á las personas que más ha querido. Siempre sorprendía encontrar á esta dama vestida de color, en fiestas y reuniones; en cambio solía encontrársela envolviendo su figura esbelta en crespones de luto. Su cara, de menudas y torneadas facciones, sus ojos negros, intensos, han expresado constantemente una tristeza tranquila. Y ahora—sin que exista completa similitud, sólo por relación de sentimientos y por cierta melancólica afinidad de los destinos, unida á la percepción de lo instable de la vida—me acuerdo de aquella otra viuda cuyo llanto me bañó las mejillas y cuyos brazos trémulos me estrecharon; de mi inolvidable Joaquina Cánovas del Castillo... La magnífica residencia de la Huerta, el elegante, britanizado hotel de la calle de Lista, lo he visto ya pasar, de centro en que se apiñaba la sociedad madrileña, á sitio donde se llora y hacia donde sólo la amistad guía sus pasos... Y otro recuerdo se enlaza con este: poco después de la catástrofe de Santa Agueda, por un salón revestido de suntuosos tapices cruza la pareja Silvela, rodeada, halagada, saludada, festejada, sin manos para tanto apretón. Y me veo á mí misma, murmurando al oído de Silvela, en el corto minuto de llegar hasta él: «Fie usted más en los que más tardan en entregársele... Fie usted más en los que permanezcan más tiempo fieles á la memoria, á la devoción de D. Antonio Cánovas del Castillo...»

No hay muertos que vayan tan aprisa—en la balada fantástica del rodar del mundo—como los políticos, ni historia más olvidada que la contemporánea. Para remate de esta crónica, que he escrito con verdadero sentimiento por la pérdida del hombre insignie y del preciado amigo..., nada como ese suelto de un popular periódico. Y que me tachen á mí de pesimismo y de severidad en juzgar el tiempo y el ambiente en que me ha tocado vivir...

«El lunes 29 de mayo, al declinar el día, dejó de existir D. Francisco Silvela.

»En la mañana de ayer 8 de junio se celebró el funeral dispuesto por el gobierno.

»¿Es que las naves de San Francisco el Grande son muy anchurosas? ¿Es que había en realidad muy poca concurrencia?

»Lector: al muerto no podemos engañarle; al muerto no le importa la cruel verdad. Si pudiera sonreír veríamos dibujarse en sus labios una sonrisa de amable ironía.

»A pesar de ser oficiales las exequias, lo cual hizo inexcusable la presencia de muchos señores con cargo público, se pudo advertir desde los primeros momentos que eran muy escasos los correligionarios del ex presidente del Consejo que acudían á rendirle el último tributo de gratitud ó de cariño.

»Ahí están las listas de *La Época*; de las columnas del diario ministerial tomamos los datos. Asistieron 28 senadores del partido conservador, y de los 28, nueve son funcionarios. Estuvieron presentes 24 diputados á Cortes, y de los 24, siete figuran en la Administración.

»Algunos amigos fieles de D. Francisco Silvela, esparciendo la mirada por las soledades del templo, se comunicaban en voz baja un triste, un desconso-lador comentario.

»Pocos días después de retirarse Silvela de la política, les decía, de sobremesa, á unos cuantos amigos de su intimidad:

—¿Cuántos telegramas creen ustedes que recibí cuando fui nombrado por primera vez presidente del Consejo? Recibí 30.000. ¿Cuántas cartas creen ustedes que he recibido después de mi retirada? He recibido 16.

»Señalemos el hecho. Pero no incurramos en la vulgaridad de filosofar sobre la humana ingratitud. Siempre ha ocurrido lo mismo. No hay nada que aleje tanto como la Muerte.

»¿Con qué objeto iban á asistir á los funerales de Silvela muchos conservadores? ¿Para qué la molestia? «La mano que repartía mercedes y honores está ya helada para siempre.»

Y no hay que añadir palabra...

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En este mes primaveral, de los largos días, la muerte vendimia como en otoño: vendimia sin tregua, la infatigable vendimiadora. Ha caído bajo sus tijeras seculares, de cortante filo, una figura alta y distinguida: D. Francisco Silvela.

Allá van, casi juntos, Valera y Silvela, dos selectos intelectuales. El uno había concentrado la potencia de su mentalidad en la literatura; el otro, aunque muy literato de afición, en la política, durante el más extenso y activo período de su existencia. Por eso la desaparición de Silvela, aunque viviese ahora retraído, quebranta todavía, restándole un elemento de defensa, al partido liberal conservador, ya maltrecho y desangrado desde la muerte del gran Cánovas.

El destino, moviendo hilos, envenenando sordas pugnas que estallaron en graves disensiones, situó frente á frente á dos hombres que habían nacido para estimarse y admirarse, y que acaso, realmente, no dejaron de sentir ni un momento esa atracción, esa admiración, tributo involuntario de los fuertes á los fuertes. Como el más fuerte era sin duda D. Antonio, D. Francisco experimentaba en mayor grado la sugestión de su antiguo jefe, después rival y enemigo. Yo puedo atestiguar que—consumada la ruptura—las palabras más veneradoras y ensalzadoras que he oído respecto á Cánovas, á su carácter y facultades, brotaron de labios de D. Francisco Silvela. Alguien creará que esta pudiese ser una de las habilidades cautelosas comúnmente á Silvela atribuidas; pero debo decir también que en esto no pensaba yo con el público; que no he acertado á ver en Silvela á ese portento de disimulo llevado al tartufismo, á ese florentino, discípulo de Maquiavelo. Se dirá que conmigo, persona ajena á la política, no tenía para qué desplegar Silvela tales artes de engaño. Respondo que la reserva y astucia de los políticos viene á ser en ellos como segunda naturaleza, hábito defensivo que no pierden fácilmente; y cuando Silvela hablaba de un modo franco, sorprendente á veces de sinceridad, yo me preguntaba á mí misma la razón de su fama digna de algún embajador de la república de Venecia, que no tenía nada que envidiar á Florencia en arterias, mañas y trápalas.

Por otra parte, el que haya seguido atentamente lo que Silvela ha proclamado en público, tendrá que reconocer que aquel espíritu fino, complejo, penetrante, era también un espíritu claro hasta la imprudencia. No sólo en conversación particular conmigo, y supongo que con varios amigos más, sino ante la nación entera, en letras de molde, no sé de ningún político español que con tal precisión y valentía haya señalado, proclamado, la verdadera situación poco halagüeña de España, después de las guerras coloniales y con los Estados Unidos; y el corolario de algunos célebres artículos, que condensaron en una frase un período de nuestra historia, el corolario de